

Libros

L'ART GOTHIQUE EN ESPAGNE AUX XII^e ET XIII^e SIECLES, por Elie Lambert. Henri Laurens, editor. París, 1931.

Tiempo hace que se deja sentir la necesidad de los estudios sintéticos del arte español que abarquen etapas completas y donde se revisen los juicios del siglo XIX sin descuidar las monografías parciales, imprescindibles para el andamiaje de aquéllos. Años atrás se propuso a una Casa editora la empresa, con especialistas solventes, de sendos trabajos sobre el mudéjar, el barroco, etcétera, sin lograr fortuna por el temor, tal vez injustificado, de falta de ambiente.

Lo que no se quiso hacer acá, aparte de ciertas obras excepcionales, parece iniciarla la Editorial Laurens, de París, con este libro dedicado al arte gótico en España durante los primeros siglos de su desarrollo. Es un trabajo de importancia capital, confiado al ilustre arqueólogo francés Elías Lambert, discípulo de Mâle, ya conocido y estimado entre nosotros por labores precedentes que revelan el amor y conocimiento del arte hispano. En el caso presente su intervención parece insustituible por tratarse de relacionar las obras españolas con las francesas, sus modelos o fuentes, método comparativo, claro y fecundo para quien pueda analizar al parigual los monumentos de ambos países.

En la introducción se reseña las condiciones históricas: el favor del Cluny en Castilla, determinante de una protocruzada que infunda de guerreros y artesanos franceses las villas del Norte y del Centro y jalona el camino de Santiago de iglesias románicas. La decadencia de la Orden coincide con la formación de los grandes Estados peninsulares que ya no necesitan el auxilio militar y político de Francia; ello se columbra en la hispanización del románico y el advenimiento del mudéjar. Olister suplanta al Cluny; sus abades, con los prelados del clero regular, propagan la arquitectura gótica como defensiva política y religiosa y aportan acá artistas formados en regiones muy diversas de Francia.

Por ello la primera parte del libro analiza la arquitectura del suroeste de Francia y Borgoña (capítulo I) como fuente de los primeros monumentos hispanos abovedados de ojivas. Las crucerías allí nacen de construir bóvedas concebidas como cúpulas, acompañadas a menudo de cadenas o nervios supplementarios, cuya generalización es la esencia del "estilo Plantagenet". Entre las particularidades de esas bóvedas argevinas es de notar la entrega de los arcos diagonales, ya por encartes, ya por columnillas adosadas a los apoyos. Estudianse también las plantas cistercienses y el testero plano de Fontenay y la girola de Clairvaux, así como las estructuras borgoñonas, la general y la de Turnus, que tal vez determina la de Clairvaux y otras muchas iglesias.

En el capítulo II habla de las primeras catedrales e iglesias clunienses de España con crucerías; cree la llamada Sede Vieja de Santiago, de influjo borgoñón, así como la traza del pórtico de la Gloria recuerda el de Vezelay, sobre todo en el arco central. Asimismo por Borgoña se infiltra el influjo de Chartres y San Dionisio; Carboeiro, en Galicia, San Vicente y la cabecera de la catedral en Ávila, cuya traza prístina dice borgoñona neta con el porche encuadrado de torres tal como San Vicente.

La influencia aquitana prepondera en las catedrales de Salamanca, Zamora y Toro, aunque reconoce el origen hispanomusulmán de la cúpula zamorana como el francés de los gabletes externos, inspiración mixta que se acentúa y funde con éxito en la torre del Gallo, que

plagian después Toro y Plasencia. Lo musulmán se rastrea en los lóbulos, exorno del ventanaje en los cimborios de Toro y Salamanca y de algunas puertas de Zamora, Toro y Ciudad Rodrigo, y en motivos inspirados en los cercos de los "mihrabs" de las puertas del trapezo de Zamora y en la bóveda de arcos entrecruzados del capítulo viejo de Salamanca, hoy capilla de Talavera. Cree las bóvedas altas de Zamora relativamente recientes y no al par de la construcción, como Gómez Moreno, pues de ser así la disposición se imitaría en Ciudad Rodrigo.

El capítulo III habla de los primeros monumentos cistercienses; en Galicia su principal sugerencia dimana de Compostela y de Borgoña. En Castilla, los estudios abundantes y metódicos de Francisco Antón, Torres Balbás y Gómez Moreno facilitan en gran parte el trabajo sintético, pero sobre ello Lambert induce y saca a luz aspectos no vistos; por ejemplo, Moreruela no sea tal vez tan antigua como se dice, sino contemporánea de las obras de maestre Mateo en Compostela y de las catedrales de Ávila y Santo Domingo de la Calzada.

Estudianse además, entre otras, Armenteira, Melón, Osera Sahagún, Meira, Oya, La Espina, Valdediós, Grañes, Monsalud de Córcoles, Sacramenia, Santas Creus, Vallbona de las Monjas, Irauzu, Poblet, Veruela y Fitero.

El capítulo V trata de la escuela cisterciense hispanolanguedociana con que bautiza una serie de obras de fines del siglo XII y parte del XIII por su parentesco con las abadías de la Orden en Languedoc, desaparecidas las más en Francia. Estudia Escalde-Dieu, Fontfroide y Flaván; la última especialmente, aunque de estructura románica, es el prototipo de Valbuena, La Oliva y la Colegiata de Tudela; otro modelo difundido es el claustro de Fontfroide. Estudianse además las dependencias claustrales de Veruela y Fitero, Poblet, Santas Creus, Huerta.

Caracteres de la escuela: los apoyos compuestos con medias columnas emparejadas y su adaptación paulatina a la bóveda de nervios; el empleo de contrafuertes y recios muros con pocos vanos; la cabecera de capillas de frente, en vez de la girola; la linterna en el crucero, en vez de las torres de fachada.

El grupo más importante de monumentos en Castilla, donde el Premontré y otras órdenes los adoptan: Requena, Aguilar de Campoo, Bujedo, San Miguel de Palencia, Villamuriel de Cerrato, Villasirga. En Navarra, Tudela y las naves de Sangüesa e Hirache; en Cataluña, las catedrales de Tarragona y Lérida con motivos ornamentales a veces morunos: claraboyas y lóbulos del claustro de Tarragona, nichos lobulados de la puerta de la Annaciata y estrellas poligonales de las claves, en Lérida. La catedral de Sigüenza en sus orígenes era del mismo tipo que estas catalanas.

Si la primera parte que ahí fina dedicase a lo que se viene llamando la transición, la segunda trata de los monumentos propiamente góticos de España y la influencia del norte de Francia, cuya arquitectura estudia en el capítulo I. Allí, inspiraciones muy diversas crean varios grupos. Cada vez se aprecia mejor el papel de Normandía en el gótico; a ella atribuye la invención de la crucería y del arbotante. Confesamos que esta insinuación, casi de soslayo, nos hubiera convencido si demostrase con ese raciocinio sereno, de precisión matemática con que Lambert analiza magistralmente los monumentos góticos más importantes, y uno se decepciona más cuando recuerda que el ilustre arqueólogo ha sido también discípulo de Gómez Moreno y en diversos trabajos ha notado la primacía de las bóvedas nervadas hispanomusulmanas y su difusión.

Volviendo al libro, dice que el influjo normando es visible en las catedrales de Laón y París, que a su vez

hacen escuela. Muchos monumentos españoles tienen rasgos como de influencia normanda que no es directa sino a través de Laón y otras obras. Estudia Bourges, El Maus, Coutances, en cuya cabecera aparece el estilo normando en su más completo desarrollo.

Chartres inicia un nuevo tipo, que sigue Reims y perfecciona Amiens; este grupo francochampañés también ejerce gran influencia en España.

El Norte, en torno de Laón y Soissons, desarrolla otra vera escuela que irradia en Borgoña; obras suyas son S. Vicente de Laón (desaparecido), S. Yod de Braine, S. Leger de Soissons, Ourscamps, Longpont Royaumont, la catedral de Auxerre, y en Dijón, Nuestra Señora y la capilla palatina derribada.

El influjo del Norte se ve en otras iglesias borgoñonas, por cuyo intermedio penetra en Suiza y otras tierras, como en España (cap. II), donde las reciben las catedrales de Cuenca y Sigüenza, Huerta y Las Huelgas; por eso califica esas influencias de francoborgoñonas.

Cree la de Cuenca, la más antigua de las catedrales propiamente góticas de Castilla; su primitiva cabecera recuerda las de S. Yod de Braine y la catedral de Dijón, lo que rectifica las opiniones de Lampérez; el pretendido purismo normando es superficial y débese sólo a los influjos que actuán en los modelos ciertos del Laonés y del Soisonado, y si el crucero de Cuenca se parece al oriental de Lincoln ello con seguridad nace de un original común.

Del hermoso refectorio de Huerta dice que se construyó en dos veces y por dos maestros, pues las bóvedas implantadas con diestra pericia no se previeron en el plan que parecería al del refectorio del Mont-Saint-Michel.

La catedral de Sigüenza es única entre las medievales, por formarse de dos iglesias superpuestas: una, románica en parte, de la escuela de Lérida y Tarragona, y otra, gótica al modo septentrional de Francia, que la recubre tan exactamente, que hasta aquí no se atisaba tal superposición, primer episodio de la lucha victoriosa del arte francés del Norte con el del Sur.

En Las Huelgas de Burgos, donde también rectifica al malogrado Lampérez, recuérdase Huerta y Sigüenza.

El capítulo III estudia la influencia de las catedrales franconormandas en Toledo y Burgos. Maestre Martín, tracista de la famosa girola toledana, conocía los monumentos franceses, pues es el desarrollo completo y lógico de los franconormandos, y los arbotantes guardan en planta el recuerdo del Maus, que otro maestro, Pedro Pérez, construye luego con tímida torpeza.

Burgos edifícase de una vez y probablemente sin cimborio, que no se hizo hasta fines del XV; asimismo la cabecera primitiva no fué, con los ábsides de frente, como supusieron Street y Lampérez, sino que se proyectó completa, con sus dos capillas cuadradas, abiertas al crucero, y su girola, cuyo parecido con la de Coutances inducen a suponer un mismo plan manuscrito franconormando que reproduce ciertas particularidades de Pontigny; otras, muchas, de Bourges se reconocen en el alzado. Aquel arquitecto anónimo y el maestro Enrique, su sucesor, son dos artistas eminentes, formado el último en lo champañés.

El capítulo IV desarrolla esa influencia en Burgos, León y Bayona. Lambert observa que el dintel de la

puerta claustral de Burgos se corta con arco rebajado, como en las dos puertas laterales (desaparecidas) del cinafronte y en todas las de León; se ve asimismo en Coutances y otras iglesias normandas, siendo su origen románico; la parte alta de los hastiales de Burgos recuerda, en cambio, el arte de Reims.

También de ahí la idea de León en el plan del conjunto y proporciones generales; luego se agregaba influjo de Chartres y los progresos de Reims, cuyos avances y los de Amiens se siguen en la parte alta.

Con Burgos y León estudia la catedral francesa de Bayona, aislada en el Sur, porque tal vez los mismos artistas trabajaron en la misma época en los tres monumentos, según declaran sus rasgos.

El V y último capítulo trata de la difusión del arte gótico en Castilla y la influencia de los monumentos de Burgos. Esta es preeminentemente León no influye, quizá por hallarse, como Toledo, en un medio saturado de tradiciones mozárabes y moriscas; los raros monumentos en que Lampérez creyó podía señalar su imitación o recuerdo: Avila, Lugo, Castro Urdiales, obedecen más bien a la irradiación de Burgos, cuyos talleres producen una vera escuela regional de arquitectos y escultores. Burgo de Osma, Sasamón, Gamonal, la misma ciudad se puebla de monumentos que la hacen la gótica por excelencia en España: San Esteban, San Lesmes, San Nicolás, y cuyas portadas tradicionales en arco rebajado persisten hasta lo isabelino (Hospital de San Juan).

El plan de Las Huelgas se reproduce en San Gil de Burgos, Sasamón, tal vez en Santa María del Camino y San Pedro de Cardeña. La región gótica gana los aledaños y más allá: Covarrubias, Castrojeriz, Villamorón, Villasirga, Villamuriel, Aguilar de Campoo, la catedral de Santander, Santa María la Antigua de Valladolid, Castro Urdiales. En el XIV, Palencia (parte vieja), copia el plan de Burgos, como también Lugo en su girola; claro que esas influencias tardías no arreglaron que sus obras formen con la escuela.

La burgalesa se reconoce en monumentos cistercienses de tradición hispanolanguedociana: Palazuelos, San Andrés del Arroyo, Matallana, Villamayor; Bonaval en Castilla la Nueva; en Aragón: Piedra, Rueda, San Miguel de Foces, en Ibieca, y en las primeras iglesias góticas de Andalucía, donde la influencia de Burgos llega a través de lo cisterciense: Santa Ana y Santa Inés en Sevilla, y sobre todo San Miguel y otras iglesias en Córdoba. Esto explica la supervivencia de arcaísmos románicos en lo ojival de Andalucía.

En la conclusión final se sintetiza la parte de España en la historia del arte gótico.

El plan y el texto de la obra se resuelven, pues, con esa claridad elegante, atributo clásico del intelecto francés, y esa penetración sagaz que escudriña los aspectos más recónditos, propia del autor.

Una bibliografía especificada completa la obra. La ilustración se reparte en fototipias (48 láminas) y 125 dibujos los más de Dumont, donde se atiende más al dato demostrativo que a lucimientos preciosistas. De las fotos, algunas del propio autor, otras de Torres Balbás, etc., denotan una sensibilidad cultivada, captadora diestra de los encantos de nuestros paisajes naturales o creados.

A. C. E.